

Reflexiones en torno a Bolívar

CONFERENCIA

Por Ciriaco Landolfi

Brasilia, 10 de octubre, 1983





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Conferencia pronunciada en el Instituto de Cultura Hispánica de Brasilia la noche del 10 de octubre de 1983, por el Embajador de la República Dominicana en el Brasil, doctor Ciriaco Landolfi.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El honor de hablar esta noche en el Instituto de Cultura Hispánica de Brasilia, de Simón Bolívar, Libertador entre Libertadores, a sólo unas horas de la celebración del Día de la Raza, 12 de octubre, de presencia universal entre los iberoamericanos y justo en el año en que se conmemora el Bicentenario del nacimiento del ilustre caraqueño, desborda toda pretensión de señorío intelectual para situar la ocasión y la tribuna en el contexto de la causa común de independencia y soberanía de nuestros pueblos todavía inconclusa que fue instrumento de pasión señera en el héroe de las Américas llevándolo del sacrificio hasta la gloria, de la gloria hasta la soledad, de la soledad hasta la muerte y de la muerte hasta la inmortalidad.

Trataré de alcanzar este honor inmerecido con el mensaje bolivariano del Caribe insular ajeno a los estereotipos históricos que muy frecuentemente retienen al Libertador con pedestal comarcano y fronterizo, ensayando entre ustedes prolongar su figura tutelar y hemisférica hacia el vecindario de unas islas interpuestas decisivamente en su proceridad, sólo con el propósito de ensanchar los espacios geográficos de su protagonismo luminoso de resuelta estatura continental. Y los títulos que puedo exhibir ahora para poner en obra esta aventura por un pasado sólo parcialmente conocido, no son personales: vienen de lejos y son particularmente dominicanos con raíces multiseculares y porfiada vocación de que-rencia, porque ciertamente el origen familiar americano del Libertador, bien hallado en Santo Domingo, y después la paternidad de la primera independencia dominicana a la distancia, sin procura-



ción ni ejercicio político o militar, sólo con el destello de su gesta y de su carismático liderazgo de la libertad, dan a Bolívar, a deshora quizás, la ciudadanía antillana que no le regatea — que apenas si conoce — la Historiografía americana. Pero también el Libertador más que familiar deshijado de la casa isleña fue el intérprete genial en su época de una causa que se nucleó en la Isla cuando aun era imberbe el concepto de la independencia política y era pudendo, tímido y cerrado el tema de la libertad. Justo cuando el primero de los Bolívar — su antepasado onomástico directo — alcanzaba a oír en Higüey los ecos mortecinos de la brega final y frustránea de los indígenas por desembarazarse de la tutela imperial española y se cocían las vísperas del incendio voraz que arrasaría a los pueblos del litoral atlántico de La Española ordenado por la Corona peninsular porque los criollos dominicanos de entonces practicaban y enseñaban entre los europeos andariegos en su entorno la convivencia pacífica como instrumento de la supervivencia por encima de consideraciones nacionales, políticas e ideológicas entonces entintadas de fanatismo religioso en la estrecha óptica metropolitana.



Metodología histórica para una interpretación tentativa

Simón Bolívar ha sido retenido como un producto genuinamente venezolano por el doble costado de la sangre y el ethos provincial. No vengo a discutir lo verdadero conocido. Ni es mi intención en esta noche izar el pabellón colombiano sobre las cabezas dominicanas que hicieron la Independencia Efímera de 1821, en mi país. Tampoco propongo extender temerariamente la legitimación hacia el Caribe insular de una herencia de la que no es causahabiente. Todo lo contrario, vengo a proponer que las cosas ocurrieron al revés: la Historia, toda la historia americana se inició, se desarrolló y aun evoluciona en términos protagónicos por el Caribe insular, desde el Descubrimiento hasta nuestros días. Vengo a empadronar el origen de ese legado por las raíces y no a examinar los lares patrios amasados por la espada y el genio del ilustre Libertador en la creación precoz entonces de una ortopedia nacional unitaria que siglo y medio más tarde visualizamos nostálgicamente como proyecto inexorable de supervivencia en la perspectiva agónica de nuestro tiempo.

No obstante, creo razonable el análisis del orden histórico americano por los supuestos conocidos. Nuestros historiadores descubren como larva del movimiento emancipador los desajustes sociales que impone la Metrópoli en su multiseccular trayectoria imperial sobre nuestros pueblos como gimnasia lógica de su hegemonía asumida y enfatizada en términos de propiedad. Cuando más lejos algunos fundan su teoría en el prejuicio racial institucionalizado en el transcurso de la dominación española como fórmula de organización del trabajo, con el episodio que escenifica



bien arriba del siglo XVIII José Gabriel Condorcanqui, cacique de indios rebelado contra el poder metropolitano, asfixiado a sangre y fuego por un torrente de sangre que paradójicamente consolidó a la clase social que venía disputado espacio político al funcionariado peninsular con principalía artificial en un escenario que por linaje, nacimiento y dominio real de la riqueza habida de la posesión territorial, era de los criollos.

Desde luego, las coyunturas europeas fueron decisivas en el mirador americano de la época: la invasión napoleónica de 1808 a la península Ibérica, para sólo citar la primera, decidió por partida doble el destino latinoamericano porque por el flanco español auspició el Juntismo en las colonias hispánicas de Suramérica, levadura que fue de la independencia, y por el entronque portugués excitó el traslado de la Corona lisboeta a estas tierras ubérrimas como paso inicial insospechado de la futura independencia del Brasil. Sería ejercicio de retórica vacua minimizar ese acontecimiento en el horizonte de la independencia americana. Pero en el ámbito de la conceptualización y periodización de la Historia ese acontecimiento puede ser argüido como detonante de una situación gestada por una circunstancialidad de larga incubación, y no como la irrupción repentina de un sentimiento novedoso sin tradición ni origen en la conciencia de unos pueblos real y verdaderamente procreados en su perfil cultural por la impronta de los conquistadores, pero resueltamente originales por la dinámica peculiar de su formación.

Ciertamente, y de modo general, no hay manera posible de desentender nuestra independencia política del hilo conductor metropolitano, como tampoco la hay de desenvolver exclusivamente de su ovillo la proeza emancipadora de la mitad terráquea del planeta con detalles uncidos a las crónicas nacionales de Inglaterra primero, y de Francia, España y Portugal después. Esa percepción simplista del fenómeno histórico desnaturaliza íntegramente el proceso metabólico de las sociedades americanas y sujeta el destino de nuestras comunidades al propio azar y la causalidad ultramarinos, todo dentro del orden estatuido desde el alba de la colonización del Continente para que siempre permanecieramos en la minoridad guiados, tutelados, amparados y administrados por la experiencia y el poder metropolitanos.



Lo histórico profundo

Afortunadamente, nada de éso responde a la historicidad más contundente, directa y expedita: América labró su propio eje de realización desbancando, a las orillas mismas del Descubrimiento, el eje histórico de la Antigüedad, porque sin duda alguna la comunicación establecida primero y fugazmente entre Cadiz y La Isabela, y entre Sevilla y Santo Domingo con carácter perdurable después, no sólo arruinó al Mar Mediterráneo como instrumento prócer de la Historia milenaria que cifraba en Roma y en su Imperio el clímax de su apogeo, sino que inició con auge y vigor increíbles el surgimiento de la dimensión universal de la Historia con placenta de gestación y parto definitivo en la Isla de donde vengo a decir verdades poco conocidas esta noche, llave maestra entonces del eje Atlántico de la Historia que mojó sus pañales en el Caribe, y aun perdura.

Claro es que puedo parecer abogado interesado de una realidad que cimentó por azar exclusivo y solitario el patrimonio histórico de mi país, pero no cabe seguir desconociendo ese hecho quizás escamoteado por la Historiografía ultramarina que aun señorea predominio adonde a contrapelo de la voluntad individual y colectiva del conquistador se crearon una raza, y un tejido y una conciencia sociales distantes y dispares de las fundacionales; y adonde por arbitrio de las circunstancias y el influjo de la divinidad, jamás desmontado del hechizo telúrico, se dió a luz la dimensión planetaria de la Historia juntando, para ajetreo incansable de la hazañosa del Hombre, las dos fabulosas parcelas geológicas que



constituyen la dicotomía hemisférica del planeta hasta 1492 totalmente autónomas en su ignorancia recíproca.

La puesta en práctica de la comunicación interhemisférica no constituiría históricamente, a pesar de su avasallante presencia como hito inicial de la memoria universal del Hombre, mérito excepcional si en agraz todavía la colonia primigenia de España los hispanoinsulares que la poblaban, pioneros de un mundo nuevo que maravillaba, no hubieran escrito páginas imborrables de egoísmo creador y de justicia adelantada, los extremos dialécticos de la contradicción social por excelencia, muy por encima de la horma traída de la Castilla acucillada todavía en las faldas medievales tejidas y destejidas con la destreza de Penélope casi al des-puntar la modernidad contemporánea con data y certificación de nacimiento en la ciudad de Santo Domingo con su diseño urbano revolucionario, a cordel — el primero de los Tiempos Modernos —, su clase empresarial prepotente y deshumanizada que renta del sudor, las lágrimas y la sangre indígenas hasta el polvillo de oro con que llena sus saleros para magnificar su poder en las mesas opulentas de sus casonas de piedra de modelo lejano del andaluz; que arguye prepotencia ante el Trono y embarca a sus expensas la aventura de los descubrimientos y conquistas alledaños en maníobra que luce desentendida de precedentes en la flamante Metrópoli; que crea, por así decirlo, el cuartel general de la cultura española — la más rica de las coetáneas culturas europeas — sobre las nuevas tierras con ímpetu desconocido, cálculo de lucro, vehemencia de novedades y vocación de universalidad que descubre sobre la Isla de Santo Domingo al calor y color de una circunstancialidad totalmente desconocida en la Península.

Pero también — y esa es la respuesta realmente histórica al suceso de la élite colonial enfatuada — surge un movimiento de protesta enérgico, decidido, audaz, que encarna un puñado de religiosos dominicos, que sacude a la sociedad virreinal creada para solaz y honra de María de Toledo — la esposa de Diego Colón, ascendido a Virrey por la costilla y no por los méritos de su padre, el Descubridor — con prédicas y ejemplos tan enfáticos que articulan todo un zafarrancho de combate contra la iniquidad del modelo colonizador. De esa escuela, Antón de Montesinos y Bartolomé de las Casas serán adalides que con sus actos y palabras inscriben con letras de oro la presencia inicial a ratos díscola o diferente de la Metrópoli en el continente como contrapartida a



los abusos no siempre inexorables con que marcó la marea civilizadora a los pueblos indígenas.

Todo se dió en esa Isla rauda y frenéticamente: desde el surgimiento de una nueva sociedad engreída y prepotente hasta la presencia pugnaz de los primeros partidos políticos de la América bisona o en cueros todavía. Y aun después de que Cortés y Pizarro hicieran sus deslumbrantes conquistas su Audiencia conservó jurisdicción extendida sobre el área caribeña hasta las vísperas de la independencia sobre la Capitanía de Venezuela y otros enclaves administrativos del Imperio en la región arguyendo su principalía con la vara de la Justicia, o recreando, ya venida a menos y herida de pobreza irremediable Santo Domingo, la imagen de la Atenas clásica con su tradición civilista borbotando en sus universidades abiertas a la luz de los circuncaribes coloniales. Todo éso dentro de una atmósfera de leyenda que trascendió el vecindario geográfico para poblar de mitos una realización ciclópea que dió carnes al misterio y a la fantasía de americanos y europeos.

Pero sin duda lo más significativo de ese legado no se detiene al umbral de una reminiscencia nostálgica por un momento de brillo y esplendor arruinado en agraz con el encuentro de la fabulosa vastedad americana: su arbitrio — también capricho del azar talvez — lo impone como meta desentendida de la lógica imperial, y así Santo Domingo se constituye en el eje formidable de la conspiración antiespañola del siglo XVI por instrumento de sus propios hijos que bregan contra la absurda política comercial de la Casa de Contratación de Sevilla en la defensa de sus propios intereses, en inteligencia con ingleses, franceses y holandeses que forman entonces temerariamente la vanguardia europea que disputa a España su condición de primer imperio con tentáculos planetarios de la Historia. Los dominicanos en crisálida perdieron la batalla, pero también España quedó minimizada en sus increíbles potencialidades. Porque allí, en el Caribe, empezó a naufragar la herencia portentosa que dejó Carlos V a su hijo Felipe justo en la isla de Santo Domingo adonde quedó herida de muerte en 1606 la preponderancia española por determinación aberrante del Trono ultramarino que fijó los límites de su dominación real sobre su heredad caribeña de algo más de 77.000 kilómetros cuadrados cuando aun disponía de la mayor extensión territorial de dominio imperial jamás conocida, con unas guardarrayas de mortal transgresión para los insulares. Esas guardarrayas fueron la primera frontera trazada por España contra su pretensión ecuménica en



tierra exigua, despoblada y pobre. Y debemos pensar necesariamente que no fue gratuita la ocurrencia.

No he venido a contar esta noche la historia del Caribe insular, pero quedaría trunca esta aproximación fugaz al legado emancipador americano sino apuntara que después fue inevitable el choque y la disputa armada entre los grandes reinos europeos en las aguas encrespadas del Caribe por la posesión de retazos del archipiélago Antillano, al punto de que, en la visión de la época se magnifica increíblemente el destino dominicano como próspero y bonancible o estratégicamente codiciable. Ningún dato alecciona más sobre este aspecto de la cuestión histórica que se cuece entonces bajo el trópico torrencial de Santo Domingo que la pretensión de Oliver Cromwell de invadir la isla — la encomienda dada a la flota comandada por Penn y Venables por encima de la mitad del siglo XVII — para alcanzar su dominio y trasladar a su habitat isleño a los colonos ingleses que empezaban a poblar el flanco atlántico de Norteamérica. La derrota de los ingleses en el país dominicano de esos días abrió a la flota del Protector el camino de Jamaica, ocupada entonces y uncida al parpadeante rumbo de la preponderancia de Inglaterra.

Años más tarde Francia ganará la parte occidental de la isla de Santo Domingo para hacer de ella la más rica colonia americana al compás inmisericorde del látigo esclavista. Ya estaban reunidos traumáticamente a la distancia que imponían las aguas sin que obstara la lejanía ultramarina, los conflictos europeos de la época dando a unas islas un protagonismo excepcional en el curso de la historia coetánea de España, Francia e Inglaterra, al extremo de concitar en sus memorias locales el origen de los grandes acontecimientos americanos. Sólo basta citar para apoyar el aserto el origen larvario de la independencia política de las Trece Colonias inglesas asentadas en Norteamérica en las disposiciones restrictivas contra el contrabando del azúcar y el ron jamaicanos en su litoral atlántico. Ahí está el conato de la rebelión colonial mucho antes de que el Trono de Jorge IV pretendiera uncir a su señorío la soberanía real de unas parcelas imperiales con fisonomía propia y al fin independientes en 1776. Y después, también en contexto de azúcar y de ron, con la formidable rebelión haitiana triunfante contra el cesarismo en auge de Napoleón Bonaparte, el más poderoso señor de la época, que marca la ruta luminosa de la independencia latinoamericana.



Pero no es ahí adonde se detiene el razonamiento dialéctico que importa en el horizonte que examinamos: es en la asunción por Simón Bolívar de esa experiencia enhebrada en sus pasos de Libertador por su abolengo dominicano directo y patronímico, por sus vivencias personales y por los hitos de su proceridad reunidos como destellos de su agitada biografía que fijan prólogo y epílogo caribeños, como las puntas de un compás abierto, a su gloria itinerante.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El legado, su búsqueda, lo casual y lo histórico

Como inexorablemente debo abreviar mi exposición, sujetaré mi entusiasmo al rito formal de unas conclusiones que ubiquen el raciocinio histórico dentro de los parámetros antillanos del Libertador con raíz lejana o paso vivencial, porque a las orillas de estas reflexiones lo episódico y al parecer intrascendente cautiva la imaginación a despecho quizás de los hechos memorables sujetos a la pobre aritmética del acontecer humano, sin descontar del sumario lo genealógico, la hora fugaz de un amor desconocido, ni lo mágico que en América Germán Arciniegas descubrió estupendo.

Lo primero que se descubre por razones inescapables de nombre y apellido es el origen americano de los Bolívar, situado en Santo Domingo desde 1559 con el rastro del quinto abuelo del Libertador, don Simón de Bolívar y Jáuregui, llegado a la Isla en ese año procedente del Señorío de Vizcaya. La notable travesía ciudadana de Bolívar de Jáuregui en Santo Domingo ha sido escrutada por ilustres historiadores dominicanos que siguiendo sus huellas desde su primera ocupación en la Isla, la de Mayordomo del Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia, en Higüey, comprobaron su partida del predio insular en 1589, hacia Caracas, después de 30 años de ininterrumpida estancia al abrigo de ascendentes posiciones de relieve dentro del funcionariado colonial. Había contraído matrimonio en Santo Domingo y procreado dos hijos dominicanos, Simón “El Mozo” – conocido así para diferenciarlo del “Viejo” – y a Beatriz. El primero de los Bolívar nacido en América, Simón como su padre, partió al destino venezolano con su progenitor, quedando en prenda de querencia en la Isla la



hermana Beatriz al cuidado de unos tíos, sin que de ella hasta hoy se halla encontrado rastro en los pocos papeles coloniales salvados de la hoguera de Drake. El Viejo Bolívar volvió a Santo Domingo, de regreso de España adonde fue a diligencias de su cargo en Venezuela, y se regodeó algún tiempo en la ciudad de donde partió hacia Caracas. Allí murió en 1612. Curiosamente, dejó por legado de pasión a la Isla una constancia: terreno de enterramiento para sí y sus descendientes en la Catedral Primada de las Américas con lápida grabada que aun reza así: "Este enterramiento es de Simón de Bolívar Secretario de la Real Audiencia de Santo Domingo y de sus herederos."

Después del hito familiar que lo unce al regazo isleño el Libertador, que reúne la conciliación racial americana en su abo- lengo habida en el cuévano materno de dos de sus abuelas lejanas, en síntesis afortunada, pasea su ilustre proceridad en cierne sobre el Caribe, y en Jamaica produce el documento visionario de mayor intensidad profética y más sólida argumentación política que hasta entonces hubiera producido el ingenio y la pasión hispanoamericanos reunidos en servicio de la libertad. La Carta de Jamaica será el vedemécum constitucional de la hazañosa posterior y el gérmen — fresco aun en las fechas que agotamos — de la ideología revolucionaria. Y como en la Historia a veces juega un papel insobornable el destino, esa categoría clásica en las valoraciones pretéritas de las acciones decisivas del héroe, sin asidero científico pero con fuerza avasallante en la teoría interminable de las coincidencias que fortuitas o caprichosas eligen los momentos más propicios para unirlo con la victoria o para salvarlo de la muerte, el destino, otra vez con filiación dominicana, salva a Bolívar de la muerte. Una dominicana, Luisa Crober, lo retiene en sus brazos lejos de la hamaca adonde muere por él apuñaleado su criado Pío. La coincidencia excita a la reflexión no por elemental menos profunda en términos de interrogación sin respuesta: qué sortilegio se anuda en la existencia de Bolívar al ethos insular que le depara el ancestro de su nombre y lo retiene vivo en tiempo de placer furtivo gozando al azar de unos encantos sin cálculo entrevisto en días decisivos para su protagonismo excepcional? Pero no sólo éso: que también es a Santo Domingo adonde va en romería buscando el apoyo de Petión, el repúblico haitiano que en el escaso suelo que comanda entiende y asume el mensaje de la libertad. Y desde la Antilla que acuñó su herencia parte el galope de unas velas prestadas hacia la ruta de la inmortalidad con tanta fuerza que los obstáculos increíbles que se enroscan a cada paso



suyo en la tierra continental, son barridos por su aureola que crece como el grano de mostaza de la parábola bíblica como si el acto de fe de pisar el suelo de su antepasado — otra prenda involuntaria del destino — agitara sin tregua la levadura de su empresa.

Podría quedarme aquí a la mitad del camino de estas conclusiones apresuradas con la modesta ilusión de haber despertado alguna inquietud en mi paciente y considerado auditorio. Pero la memoria del Libertador se teje más allá de lo aparentemente fortuito y sin prestancia histórica inobjetable, en el ámbito caribeño. Y en ese horizonte sería silencio innoble no condenar la injusticia que lo ha encartado reo de desinterés por la suerte de los pueblos antillanos de estirpe hispánica, porque él fue a la distancia y la prudencia que aconsejaban las circunstancias el eje de una conspiración en Cuba que adelantó su hermana María Antonia bajo el signo secreto de una sociedad independentista de tórrida nominación tropical — Rayos y Soles de Bolívar — sin éxito por la doble razón inexorable de una fabulosa concentración de fuerzas militares españolas en la Isla y la pretensión de México y la Gran Colombia de una parte, y de la Unión Norteamericana e Inglaterra de la otra, de señorear en la Isla una vez rescatada del dominio español. Estas dos últimas naciones suscribieron un tratado 20 años después de la muerte del Libertador para neutralizar recíprocamente sus influencias en el Caribe con el propósito político, no confeso en el texto bilateral, de impedirse mutuamente ocupar algún día la Isla entonces sometida.

Pero nada subraya más la hipótesis que vengo proponiendo en torno al ciclo vital bolivariano que el circuito protagónico que se abre en Jamaica y se cierra en Panamá. No está consignado en la gran biografía del genial caraqueño pero aparecerán siempre unidas en la perspectiva histórica la apertura ideológica de la gran tarea emancipadora y el testamento político del héroe anticipado en 1826 con el proyecto de solidaridad de nuestros pueblos previsto en el Congreso Anfitiónico de Panamá.

No hay manera de presumir coincidencia sin dudar de un hilo conductor en el ánimo del Libertador, porque ambos hechos se insinúan en indisoluble instancia voluntaria. Y ya no es solamente por la raíz genealógica y la vocación antillana del héroe: su grandeza se suelda al hito irrefutable — frecuentemente inasible por la delgadez de su constancia — de que quizás prevalece por encima de la peripezia circunstancial y episódica que tejió la andadura del



Libertador al destino suramericano, la impronta caribeña en su legado en las determinaciones personales que abrieron y cerraron su trajinar de apóstol de la independencia americana lejos y fuera de sus pasos victoriosos de guerrero.

Y sobrecoge el ánimo recordar finalmente que ya herido de muerte, políticamente abandonado, casi solo y solitario Bolívar emprende el camino de Santa Marta buscando algo al umbral del laberinto sin regreso, y no es la gloria transitoria ya exprimida por él, ni la batalla decisiva ya librada, ni es el laurel posado ya en su frente en homenajes sin precedentes en la memoria americana. Bolívar, el Libertador, quiere alcanzar en la lejanía de Santa Marta al Mar Caribe para morir para las horas y empezar a vivir para los siglos.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Asociación Dominicana de la Historia